

## **“Medios de comunicación y redes sociales”, por Carmen del Riego**

Sin periodistas no hay periodismo, sin periodismo no hay democracia. Algo más que un lema. Es el grito que la Federación de Asociaciones de Periodistas de España (FAPE), a la que pertenece la APM (Asociación de la Prensa de Madrid), lanzó el 3 de mayo de 2012 para llamar la atención sobre los riesgos que amenazan al periodismo y lo que eso supone, no solo para los periodistas, que al fin y al cabo lo único que nos jugamos es nuestro puesto de trabajo, sino lo que se juega la sociedad. Ella misma quizá no lo sabe y seguramente nosotros no estamos a la altura de esa responsabilidad, que nos exigiría una actuación mucho más profesional de la que muchas veces ejercemos, pero la tenemos, esa responsabilidad, nos la reconozcan o no, y la debemos tener en cuenta en el ejercicio de nuestra profesión, lo queramos o no. La sociedad nos lo exige y es el único sentido de nuestra existencia. Ese grito lanzado ese 3 de mayo puede parecer grandilocuente, y hasta podemos reconocer que lo es, pero los ciudadanos deberían conocer cuánto de verdad tiene, y no hablamos los periodistas, que reivindicamos esa atención, de nosotros, sino de ellos, de los ciudadanos, de sus derechos, de su propia existencia y de su propia condición de ciudadanos.

Ese 3 de mayo no es un día cualquiera, es el día internacional de la libertad de expresión, conocido también, por algo, como el Día Internacional de la Libertad de Prensa. Dos conceptos, libertad de expresión y libertad de prensa, íntimamente relacionados y que en la sociedad de la información en la que vivimos requiere, más que nunca, de una defensa a ultranza de ambas y de un activismo radical de los ciudadanos para garantizarla. 3 de mayo, la fecha elegida en diciembre de 1993 por la Asamblea General de las Naciones Unidas, por recomendación del Consejo Económico y Social, tras reconocer la Conferencia General de la Unesco de 1991 que una prensa libre, pluralista e independiente es un componente esencial de toda sociedad democrática, por algo el artículo 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos establece que “Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión” y que este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión”.

Estamos, pues, ante un derecho ciudadano, uno de los considerados derechos fundamentales en la Constitución española de 1978, que en su artículo 20 reproduce casi miméticamente el contenido de esa declaración, al garantizar, además de expresar y difundir libremente los pensamientos, ideas y opiniones mediante la palabra, el escrito o cualquier otro medio de reproducción, a “comunicar o recibir libremente información veraz por cualquier medio de difusión”. Información “veraz”, pongo ahí el acento, porque más adelante veremos que en la era de Internet, en la que todo el mundo puede transmitir información a todo el mundo, lo que caracteriza, o siendo humilde, debe representar la información transmitida por los profesionales de la información, por los periodistas, por los medios de comunicación, es la garantía de veracidad, esa que no tiene atribuido, o no lo tiene atribuido de antemano cualquiera que quiera o pueda

transmitir información, la que posee, que no por eso tiene que ser verdad, ni de dar explicación a cualquier situación que se haya producido.

El derecho a recibir información, un derecho que además es considerado por todos los expertos y teóricos como uno de los elementos imprescindibles para medir la calidad democrática de un país, que normalmente toma como base de la concepción democrática la idea de poliarquía de Dahl, para quien deben estar presentes las siguientes garantías institucionales: libertad de reunión y asociación, libertad de expresión, derecho al voto, derecho a ser elegido, derecho a competir en elecciones, existencia de fuentes de información diversas, elecciones libres y justas y una vinculación entre las políticas que se llevan a cabo y los resultados de las votaciones.

Uno de esos estudios sobre la calidad democrática, no para elaborar un listado de países más o menos democráticos, sino para analizar una democracia en concreto, la española, ha sido objeto de distintos estudios, como el que analizó, desde la Fundación Alternativas y el Centro de Investigaciones Sociológicas CIS, en 2011, una propuesta para la medición de la calidad democrática de España, dirigido por Modesto Escobar, de la Universidad de Salamanca, que establece cinco esferas para llevar a cabo la medición: Ciudadanía leyes y derecho; Representación Política; Gobernabilidad y rendición de cuentas; Sociedad Civil y participación; e Internacional, con distintas áreas cada una de ellas, y en la referente a la Sociedad Civil y participación, fija dos áreas: medios de comunicación y participación política. Al margen del resultado de la aplicación de esas medidas, que se han tenido en cuenta durante los años 2008 y 2009, lo que intento subrayar es que toda evaluación de la democracia tiene una asignatura a superar, que son los medios de comunicación, lo que demuestra la importancia de la prensa, a pesar de que no muchos ciudadanos son conscientes de ella.

Pero por si la curiosidad les ha podido, tengo que decir que cuando se planteó ese estudio, que abarcaba 2008 y 2009, sobre la calidad de la democracia en España, entre las evaluaciones internacionales, la Freedom House otorgaba al Reino de España un 1, es decir país con la máxima libertad tanto en derechos políticos como en libertades civiles; el Center for Systemic Peace también le concedía la máxima calificación, en este caso un 10 y la Economist Intelligence Unit le atribuyó en 2008 un 8,45 sobre 10, muy por encima, todas ellas de la calificación otorgada por los expertos españoles sobre nuestra democracia, o porque somos demasiado exigentes o por las mediciones que se aplican.

Entre esas, insisto, los medios de comunicación, la libertad de expresión, la prensa, juegan un papel fundamental en eso que se ha dado en llamar gobernanza, el proceso de toma de decisiones y el proceso por el que las decisiones son implementadas o no. Porque en esos procesos, los gobiernos son uno de los actores, pero los medios de comunicación, como parte de la sociedad civil, son otros.

¿Qué papel juegan los medios de comunicación en ese proceso? Para que los ciudadanos tengan elementos de juicio suficientes para poder tomar esas decisiones, deben saber, conocer, entender y poder analizar las razones por las que sus gobernantes

toman decisiones, las que toman o las que dejan de tomar, por qué las toman, cuáles eran las alternativas, tener información, en una palabra, y sus consecuencias en la sociedad. Y la forma que tienen los ciudadanos de saber todo eso, también en la era de la sociedad de la información, luego profundizaré en este asunto, pese a vivir un momento en el que las redes sociales parecen, por lo menos para algunos, que sustituyen a todo, siguen informándose a través de los medios de comunicación, en los que incluyo a los medios de comunicación llamados tradicionales, prensa escrita, radio y televisión, y los medios digitales, los periódicos en formato web o “newsletter”, porque si en otra época eran los patronos, los caciques o los potentados de los pueblos los que influían en el tipo de realidad que conocía la gente, en crear opinión e imprimir conciencia, lo que a su vez tenía un reflejo en las decisiones que colectivamente se adoptaban, ahora ese papel, más aún con la aparición de Internet, lo juegan los medios de comunicación, mostrando una realidad que es la que llega a los ciudadanos, tergiversada o no, pero es la que conocen.

La credibilidad de los medios de comunicación, como antes las de esos otros actores de una sociedad ya extinta, era lo que proporcionaba autenticidad a la realidad que se transmitía a los ciudadanos.

Era una sociedad en la que la participación ciudadana era mínima, ellos sabrán, y sabían muy pocos, luego muy pocos decidían, y esos se encargaban de que la realidad que conocieran los demás fuera aquella en la que ellos no tenían nada que decidir, mejor dejarlo en otras manos, en manos de los que saben. Por eso la educación y los medios de comunicación crearon ciudadanos que empezaron a darse cuenta de que había otra realidad, y sobre todo que otra realidad era posible si ellos decidían hacerla diferente. Para ello necesitaban participar, pero la participación necesita de una sociedad informada y bien organizada, lo que a su vez requiere transparencia, para que la información esté disponible para cualquier persona, y para que se facilite la suficiente información y que esta sea fácilmente comprensible.

Y aquí vuelve a ser imprescindible el papel de los medios de comunicación. Hay quien puede creer que porque la información esté al alcance de todo el mundo, en eso consiste la transparencia, los medios de comunicación dejan de ser necesarios, pero se equivocan. En la era de Internet, dada la acumulación de información existente, la sociedad, los ciudadanos, cada vez necesitan más que alguien desmenuce esa información, la tamice, la analice, la ponga en contexto, la digiera y la ofrezca digerida para poder ser entendida. Ocurrió con Wikileaks, cuando la mayor cantidad de información clasificada nunca vista se destapó, pero qué podían hacer los ciudadanos con ella, no tenían capacidad de discernir. Fue necesario que Assange ofreciera esa información a los periódicos más importantes de Europa y América, y que equipos de estos se encerraran durante días para leer, analizar, separar, desbrozar todos aquellos papeles y poder resumírselos y contárselos a la gente, para que nos diéramos cuenta del alcance de tanta información.

Ese sigue siendo nuestro papel, el papel de los medios de comunicación, hoy más que nunca, porque con toda información circulando por la red, los hechos quedan oscurecidos bajo una inmensa montaña de información irrelevante que oculta la verdad, comprometiendo la participación política. Es aquí donde se hace imprescindible el espíritu del periodismo para la correcta delimitación del significado y el contexto de los hechos que son noticia.

Lo que la sociedad de la información y las Nuevas Tecnologías nos han traído es la paradoja de que nunca como ahora la información ha sido un producto tan abundante al alcance de tanta gente ni se había consumido en tanta cantidad por la gente. Y cuando somos más necesarios que nunca, los medios están en una situación económica crítica y el periodismo está sometido a riesgos que hacen peligrar su existencia.

Un periodismo amenazado, y no sólo por la crisis económica, el desplome del dinero invertido en publicidad por las empresas, y el consiguiente cierre de medios de comunicación que empobrece la información que llega a los ciudadanos. Que hacer un medio de comunicación ahora sea más fácil y más barato que hace tres décadas, porque no se necesita inversión en rotativas, ni en papel, ha llevado a que proliferen medios de comunicación digitales, algunos con buena intención de ser, vamos a decirlo así para entendernos, un periódico en otro soporte, pero otros, han creado esos medios para que les sirva de negocio, aunque sea poco, y donde la información, el servicio público que caracteriza al periodismo, el propio periodismo, ocupa un lugar secundario. Porque el periodismo, aunque sea en un mundo digital, es caro, y no todos los medios que circulan por la Red se lo pueden permitir, y simulan, muchas veces que hacen periodismo. Como decía el director del diario “The New Yorker”, David Remnick, en una entrevista en el diario “El País”, “sin una rigurosa cultura de investigación, de explicación, de contar bien las historias, de presionar al poder, de mantener la independencia, no hay periodismo, y si este tipo de periodismo es muy caro, hay algo más caro para la sociedad, no tenerlo”.

Es verdad, como dice Gumersindo Lafuente, que el periodista, hasta ahora, tenía la administración en exclusiva de la intermediación entre quienes producen la información y quienes tienen el derecho a conocerla, los ciudadanos, mientras que ahora estamos en la era del control social de la información, pero eso no va a en detrimento de nuestra labor, sino al contrario, de su beneficio. Lo que no debemos permitir los periodistas, y no debe pretender la sociedad, es que suplantemos su responsabilidad y hagamos lo que ellos no hacen.

Con la crisis, la credibilidad de los medios de comunicación, los tradicionales, sigo llamándoles así, han retrocedido en la confianza que en ellos y en su labor tiene la sociedad, y aunque en marzo de 2013 obteníamos, en una encuesta del CIS, un aprobado raspado, con un 5,16 sobre 10, que es la nota con la que calificaban la confianza que depositan en los medios de comunicación los ciudadanos, nota que ya quisieran tener otras instituciones del estado, no debemos instalarlos en la satisfacción.

Los ciudadanos necesitan saber lo que pasa a su alrededor. “Un periódico es una nación hablándose a sí misma”, decía el dramaturgo norteamericano Arthur Miller, pero no sólo debemos hablar nosotros. La sociedad, la gente nos pide explicaciones por nuestra labor antes del inicio de la crisis, nos echa en cara que no denunciáramos lo que ahora a todos nos parece un escándalo, nos reprocha que no advirtiéramos de lo que estaba pasando, que no le pusiéramos coto, que no impidiéramos lo que ha ocurrido, pero admitiendo nuestra culpa y nuestra responsabilidad, la sociedad debe admitir la suya, y reconocer cuántas veces los medios de comunicación advertimos durante esos años de los casos de corrupción que se propagaban por toda la geografía española, como un cáncer, y ellos nos dieron la espalda y seguían votando a aquellos sobre los que nosotros

habíamos puesto la lupa porque su gestión de la cosa pública, y sobre todo del dinero público, dejaba mucho que desear.

Se achaca esa falta de atención a esa falta de crédito de los medios de comunicación para denunciar, porque cada medio, en función de su línea ideológica, o su línea editorial, denunciaba unos casos de corrupción, e intentaba minimizar otros. De hecho, aún hoy sigue ocurriendo lo mismo, pero la información estaba ahí, lo que pasa es que muchos en la sociedad no querían verla, no iba con ellos. Las cosas iban bien y siempre eran agoreros los que pretendían dar una imagen menos idílica de nuestra sociedad. Además, ¿Son los periodistas los llamados a acabar con esas prácticas corruptas? ¿Hasta dónde llega la responsabilidad social de los medios de comunicación en ese aspecto?

Yo pongo el límite en la famosa frase de Ryszard Kapuscinski, que decía que el “trabajo de los periodistas no consiste en pisar las cucarachas, sino en encender la luz para que la gente vea cómo las cucarachas corren a ocultarse”. Hoy muchos ciudadanos nos piden a los periodistas, a la prensa, a los medios de comunicación, que matemos las cucarachas, pero son ellos quienes tienen que hacerlo, no pueden traspasarnos su responsabilidad a través de un tuit escrito en el salón de su casa. También ellos tienen unas responsabilidades como ciudadanos.

Lo que sí es nuestra responsabilidad es garantizar el acceso a la información, y ahí Internet ha socializado o globalizado la información, haciendo a los ciudadanos más libres, dado que disponer de toda la información permite a la gente conocer con más exactitud lo que ocurre a su alrededor. Por eso es tan importante el papel o la función que desempeñan los medios de comunicación en la construcción o no de la gobernabilidad, ya que somos nosotros, los que hacemos los medios de comunicación los que conformamos una opinión pública, que es central en la gobernabilidad democrática.

Internet, efectivamente, nos permite tener un acceso más fácil a más información, pero eso no quiere decir que por el mero hecho de que la información esté a disposición de los ciudadanos, la sociedad esté más informada, ni que los medios de comunicación sean más libres. Lo que sí son los medios, los tradicionales y los que se han desarrollado a la sombra de Internet, son la clave para lograr una buena gobernabilidad. Wolton decía que “la comunicación política es el espacio en que se intercambian los discursos contradictorios de los tres actores que tienen legitimidad para expresarse públicamente sobre la política, que son los políticos, los periodistas y la opinión pública a través de los sondeos”. Hoy esa afirmación ha quedado superada. Internet, y con su existencia las redes sociales, los innumerables medios de comunicación que hoy no necesitan de grandes inversiones para poder salir a la calle y divulgar información, hacen que no sean solo los sondeos los que permitan a los ciudadanos participar en ese debate público, sino que generan información directamente, y expresan su opinión sobre lo que conocen de lo que ha ocurrido.

¿Ha terminado entonces Internet con el papel de intermediario que ha correspondido siempre a los periodistas? Mi respuesta es claramente no. A través de Internet, de las redes sociales, de los medios de comunicación digitales hay más información, pero muchas veces esa información no cumple los mínimos requisitos de contraste, de análisis, de garantía de que no es una información interesada, dirigida, que tiene una intencionalidad no desvelada. Me podrán decir, y los medios clásicos, sea en papel o en

Internet, ¿no tienen esa intencionalidad? Sí, por supuesto, los medios de comunicación, con sus editoriales, orientan la opinión del ciudadano, pero hay algo que los medios de comunicación, con su orientación de la información y de la opinión hacen lo que no hacen muchos medios de Internet, dejar claro a la sociedad esa orientación. Si yo preguntara qué ideología, o qué línea editorial, por no hacerlo tan duro, tienen el diario “El País”, “El Mundo”, “La Vanguardia”, “El Periódico de Catalunya”, “ABC” o “La Razón”, todos la sabrán, como sabrán la de los principales medios de comunicación digital, que la tienen, se lo aseguro. En contra de lo que se ha querido trasladar, Internet no es sinónimo de independencia, de pluralidad, de neutralidad y de objetividad. La verdad no está en Internet. La verdad, la veracidad más bien, diría yo, está en los medios de comunicación que ejercen libremente esta entrañable e importantísima profesión para hacer una sociedad más democrática y para permitir esa participación en la cosa pública consustancial a la gobernanza, y que sin los elementos que proporcionan los medios de comunicación sería imposible.

El Informe 2004 del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo identifica como factores indispensables para la gobernabilidad democrática “una prensa libre, una sólida protección de los derechos humanos y un poder judicial independiente”. Insisto, una prensa libre, esa que puede ser imprescindible para denunciar la corrupción, la ineficacia o los errores de un gobierno, pero que desde la irresponsabilidad también puede acabar con el trabajo de honrados servidores del bien público y de instituciones legítimas.

¿Cómo?, a través de la manipulación de la información. Y eso pueden hacerlo grupos de interés, que se sirven también de Internet, de las redes, para socavar el apoyo ciudadano en las instituciones, aprovechando su deficitario funcionamiento, para intentar acabar con ellas. No lo dicen a las claras, no se sabe quiénes son, pero están ahí, y los medios de comunicación muchas veces se ven obligados a seguirles la corriente, porque si no, estás con el poder, con ese que efectivamente ha tenido actuaciones inaceptables, pero que también ha cumplido con su deber en otros muchos casos. Cuando por las redes sociales se extiende el ataque a una institución, a un político, con intereses no sé si confesables o no, pero desde luego organizados, defender el trabajo de quienes han sido servidores públicos y que en su mayoría han cumplido un papel encomiable, te va a suponer la condena a la muerte digital. El insulto es lo menos que te va a pasar; las acusaciones de venta al poder o corrupta, las mínimas que van a recaer sobre ti, y cuando son muchos los que te atacan, los demás no se atreven a defenderte y si lo hacen lo hacen desde la intimidad, que no desde el anonimato, desde ese anonimato es desde donde sobre todo llegan esas condenas y esas críticas, con lo que el debate es imposible, porque tú tienes que seguir unas reglas del juego, las que marca tu profesión, tu nombre y tu reputación, y los que se esconden detrás de nombres indescifrables se pueden permitir todo, porque se consideran impunes.

Eso no es libertad de expresión, y menos libertad de información. De hecho es todo lo contrario, actitudes dictatoriales donde el derecho de réplica no existe, y donde el anonimato es la gran coartada para desinformar.

Todos habrán oído muchas veces en los últimos años, o habrán leído en Internet, mejor dicho, que en Internet se denuncia lo que callan los medios. Lo que puede ser verdad, aunque yo no lo creo, y de hecho si echamos la vista atrás díganme quienes han destapado los grandes escándalos de corrupción que han afectado a nuestras principales

instituciones: los medios de comunicación. El caso Nóos, el caso Bárcenas, el caso de los Eres. No internet, que en sí no es ni buena ni mala, es inocua, ni las redes sociales, que están para reproducir las informaciones que otros, periodistas en la mayoría de los casos, y medios de comunicación siempre, publican, pero que se permiten sacar conclusiones tergiversando esas informaciones, juzgar sin que los acusados hayan tenido ni siquiera el derecho a nombrar abogado y a condenar sin que el recurso sea posible. Lo que está en Internet puede ser verdad, pero también puede ser mentira y producto de una enorme manipulación. Lo mismo que Internet hace la información más accesible permite más fácilmente desinformar.

Ya sabemos que la gobernabilidad de la democracia depende en gran parte de la percepción ciudadana sobre la eficacia de las políticas públicas y las conductas políticas, y si alguien se propone deteriorar esa percepción lo consigue, no porque una mentira mil veces repetida se convierta en verdad, sino porque una información sin matices, sin explicación, desnuda, puede transmitir lo contrario de lo que en realidad es, y ese es un peligro que corremos hoy.

Por eso es también más difícil la gobernabilidad, porque la explosión de organizaciones de la sociedad civil y el rechazo generalizado hacia la labor de los partidos políticos hace que la percepción que se tiene de lo que ocurre tenga muchas fuentes de información y que los ciudadanos sólo den credibilidad a la que transmiten unos, los que encajan mejor con el malestar que tienen por lo que esas instituciones o partidos han hecho, o sobre todo por lo que han dejado de hacer, o lo que se les adjudica que han hecho, aunque esa acusación no responda a la realidad. Con este fenómeno hemos asistido sin perturbarnos, y muchas veces aplaudiéndolas a situaciones en las que los gobiernos elegidos en las urnas y con un amplísimo apoyo parlamentario han sido derrocados por movimientos callejeros en los que los ciudadanos, una parte de los ciudadanos, que saben hacer creer que son la mayoría, se sienten mejor representados.

No estoy echando la culpa de lo que está ocurriendo a Internet, ni a los nuevos medios de comunicación social, o las nuevas formas de comunicarse que es lo que por ejemplo yo creo que es Twitter, al que no le otorgo la categoría de medio de comunicación, sino de medio de comunicarse. No. El pecado original está en unos partidos con unas estructuras anquilosadas que no han sabido avanzar al mismo ritmo que lo hacen las organizaciones de la sociedad civil. También es culpa nuestra, de los medios de comunicación, que posiblemente, como dicen de nosotros, no hemos estado a la altura de las circunstancias, pero quizá también radique la culpa en la sociedad. De forma que todos tenemos la culpa.

Lo que tengo claro es que la solución no está solo en una parte, y que darle la razón solo a uno no hará más que facilitar que volvamos a equivocarnos. De ahí la necesidad de mantener una línea de comunicación de doble vía, entre gobernantes y gobernados, donde unos no pueden, no deben tratar de llegar a los ciudadanos de forma directa. Colgar un comunicado, una declaración, una afirmación en Facebook, o en Twitter, por parte de un partido, de un político, no es informar a los ciudadanos. Los ciudadanos pueden acceder fácilmente a esa opinión pero, ¿quién hará la labor que hasta ahora veníamos haciendo nosotros, los periodistas, los medios de comunicación? ¿Cuál?, la de preguntar, la de colocar al político, al partido, ante sus contradicciones, hacer ver que lo que se dice que es A, con el matiz introducido deja de ser A para ser B o C, o que es lo contrario de que lo ha sostenido hasta ahora y le ha dado los votos. Eso creo que solo

podremos seguir haciéndolo los periodistas, aunque los medios de comunicación o los avances tecnológicos han modificado la forma de hacer política.

Con Internet, ya no son solo los periodistas lo que acceden a información antes restringida, sino que también cualquier ciudadano puede acceder a ella, ¿pero puede comprenderla sin hacer lo que es básico en el periodismo: analizar, contextualizar, explicar esa información?

Por otro lado está el mal llamado, a mi entender, periodismo ciudadano, porque mantengo, y en eso soy muy radical, que no es periodismo, aunque sea ciudadano. Cualquier persona, dicen quienes ven en el periodismo ciudadano la democratización de la información, no de recibirla, sino de difundirla, insisto, cualquier persona que tenga acceso a una información puede difundirla, gracias a las nuevas tecnologías. Y es verdad, pero ¿está haciendo periodismo? Estoy segura que si saliéramos a la calle la mayoría de los encuestados dirían que sí, que hacen lo mismo que los periodistas, pero no es verdad. Un ciudadano que ha presenciado un hecho, que tiene esa información, para mí, periodista, seguirá siendo una fuente, imprescindible para hacer periodismo, pero una fuente, quien proporciona un dato que el periodista debe confirmar, ampliar y explicar. Sin ese trabajo, que un testigo no tiene por qué hacer, no se está haciendo periodismo. Se habla también mucho del periodismo de datos, pero también debemos decir que cuando los datos están o estén, si finalmente la ley de transparencia permite ese acceso, a disposición de los ciudadanos, no todo estará hecho. Un dato puede querer decir una cosa y la contraria. Un dato, sin ponerlo en relación con otros, puede no querer decir nada o puede decirlo todo. Si no hay detrás un periodista que los ponga en relación, que busque otras fuentes, y explicaciones a ese dato, la información que proporcione siempre será parcial. Si no hay un periodista que busque detrás de ese dato una persona, una historia que haga llegar a los ciudadanos toda la dimensión de un drama o de una situación real, para qué queremos tantos datos que pueden no decirnos nada, aunque los tengamos todos.

Con esto lo que quiero decir es que cualquier ciudadano ha pasado, en la era de Internet, a ser emisor de información, pero se confunde la investigación con la simple denuncia. Denunciar es muy fácil, investigar para denunciar con datos confirmados exige tiempo, dinero y mucho trabajo, el nuestro, el de los periodistas, que además debemos añadir a esa investigación, a esa información, la versión de las personas afectadas en esa investigación. Si se calla una parte, la información deja de serlo para servir a intereses, me da igual de quien. Obtener esa versión de la persona de la que se habla, aunque sea en el formato de no quiso decir nada, es una mínima regla de juego en una sociedad democrática que puede cambiar la percepción que los ciudadanos, esa opinión pública dispuesta a intervenir en la gobernabilidad, puedan tener de un simple hecho.

Si lo que la gobernanza exige y es lo que creo que todos buscamos en una sociedad tan compleja como esta, es una mayor participación, vital para que exista un buen gobierno, una mayor participación de los ciudadanos en el proceso de toma de decisiones, eso requiere de un trabajo serio, responsable, riguroso de los medios de comunicación, una forma de actuar que se nos debe exigir, desde el Gobierno o cualquier otro poder, político, civil, económico, y desde la sociedad civil, porque solo ese mayor conocimiento de la realidad que los medios de comunicación otorguemos, para que los ciudadanos tengan más elementos de juicio para actuar y participar, garantizará que las



decisiones políticas se adapten a las necesidades de las personas que se ven afectadas por ellas.

La función de los medios de comunicación independientes y pluralistas en la promoción de la participación es fundamental, en la medida en que informan de aspectos del proceso de toma de decisiones y dan voz en él a las partes interesadas. A mi juicio es precisamente la libertad de los medios de comunicación la que facilita la formación de una esfera pública en la que puede tener lugar una amplia gama de debates y en la que están representados diversos puntos de vista. De esta manera, los ciudadanos pueden utilizar los medios de comunicación para expresar su acuerdo o desacuerdo y para examinar aspectos de cuestiones que no se tratan en los canales oficiales.

Una mayor transparencia de la administración pública permite controlar los posibles conflictos de intereses y brinda al gobierno mayor legitimidad. Los medios de comunicación independientes, a los que se garantiza el acceso a documentos públicos, básicos para los procesos de toma de decisiones, pueden sacar a la luz posibles conflictos de intereses y ayudar al gobierno a mantener la claridad en la aplicación de sus políticas y por supuesto a garantizar la rendición de cuentas a la que los ciudadanos tienen derecho.

El acceso a la información es la primera demanda, nuestra, pero hay que decir que no ha habido mareas en las calles pidiendo esa transparencia, ese acceso, que permite una verificabilidad máxima de la información y que todas las partes interesadas debatan en pie de igualdad sobre hechos ciertos.

Hay quienes ven en nuestro interés, el de los periodistas, por mantener ese papel de intermediación el deseo de continuar siendo un poder fáctico, creen unos, algo que según el diccionario de la Real Academia es el que se ejerce en la sociedad al margen de las instituciones legales, en virtud de la capacidad de presión o autoridad que se posee. Otros nos consideran un grupo de presión, que dejaríamos de serlo si la información se democratizara, y hay quien quiere que dejemos de serlo porque nos ve como parte de ese poder al que se quiere y se debe controlar, en cuya toma de decisiones se quiere participar, dejaríamos de serlo si se generalizara ese acceso a la información.

Quizá seamos todo eso, o no seamos nada de ello, lo que sí está claro es que en un mundo globalizado como el actual, y con el impacto de las nuevas tecnologías en la forma de comunicarse y de transmitir información, a nosotros se nos debe exigir más y nosotros debemos exigirnos más. En primer lugar, responsabilidad, imparcialidad y autonomía, que serán básicas para volver a ganarnos la confianza ciudadana que tanto necesitamos para poder seguir cumpliendo nuestro papel. Tenemos que volver a ganarnos a pulso lo que creíamos que era nuestro, per se, el monopolio de la intermediación, pero que la libertad del ciudadano de seleccionar y utilizar nuevos medios emergentes ha puesto en duda. Tenemos que ser conscientes de que cada día debe tener un mayor papel en los medios de comunicación quien hasta ahora había sido pasivo, el lector, que ahora pide, discute, exige, eso que antes solo hacían unos cuantos a través de las cartas al director ahora está a un clic de esa sociedad civil, y eso nos obliga a nosotros a asumir nuestras obligaciones respecto a la sociedad, que las tenemos. Pero poniéndolo todo en su justo término. A pesar de la proliferación de medios ciudadanos, los medios de comunicación siguen liderando los primeros puestos

como fuentes de información, por eso debemos tener en cuenta todos los días que la prensa vive de la confianza y la reputación.

Ignacio Escolar decía en un foro parecido a este que antes no sabíamos de qué hablaba la sociedad, lo intuíamos, pero ahora ese diálogo se hace evidente, es lo que se llaman “trending topic”, decía. Yo no puedo estar más en desacuerdo. En primer lugar, porque lo más leído raramente coincide con el criterio de relevancia y jerarquía de noticias que proponen los medios. Las secciones de Política y Economía, tradicionalmente consideradas clave para el debate público, no entran entre las preferencias de los lectores. Hay que diferenciar lo interesante, lo importante y lo popular, y hago una pregunta ¿debe el medio hacer caso a los gustos de sus lectores y hablar de eso que más leen y no de lo que en conciencia creemos nosotros que deben saber?

En segundo lugar, siempre hemos sabido qué pensaba la sociedad, si la escuchábamos, y podemos cometer el error de creer que la sociedad es toda la que está en Internet, en Twitter, y todos sabemos que no es así. Las elecciones nos lo demuestran una vez tras otra, cuando se impone la creencia de que tiene que ganar quien ha estado en las calles y en las redes sociales, y los ciudadanos, cuando ejercen su libre derecho al voto, optan por otra opción política y social. ¿Están estos menos informados que los que salen a la calle, que los que se manifiestan en Twitter, que los que en aras de la libertad de expresión se permite insultar a quienes no piensan como ellos? No. Los medios de comunicación tenemos también esa responsabilidad, saber de verdad lo que opina la sociedad, la que tiene la posibilidad de expresarse, y la que lo hace calladamente.

Pero no toda la responsabilidad está en nosotros, en los medios de comunicación. Como decía antes, recordando a Kapuscinski, nuestro cometido es encender la luz, la de los ciudadanos, la de la sociedad, es mirar y ver, cómo corren a esconderse unas cucarachas, como dan la cara otras, y cómo actúan todas. En manos de los ciudadanos está la decisión, nosotros hemos cumplido con nuestro deber, les hemos contado lo que pasaba, les hemos dado elementos de análisis y les hemos explicado las razones de unos y de otros. La gobernanza es de ellos.

15-07-2014